

29 de marzo de 2026

Obra: Domingo de Ramos

Personajes: Jesús, Fray y Jimena.

Línea del tiempo

(Entran a escena Fray y Jimena)

Fray: Hola amigos.

Jimena: Hola amigos. Hola Fray.

Fray: Hoy te quiero hablar del momento más importante de toda la historia.

Jimena: ¿Cuál es?

Fray: Te voy a dar una pista. ¿Cómo le muestras a alguien que lo quieres más que a nadie?

Jimena: Le doy un abrazo, le digo que lo quiero mucho o hago algo que le gusta.

Fray: Jesús tuvo una idea. Para mostrarnos que Él nos

ama más que nadie, nos da lo más grande que Él tiene:

Jimena: Su propia vida.

Fray: Jesús te ama tanto que quiere darte su vida.

Jimena: Pero ¿cómo puedo recibir la vida de Jesús?

Fray: ¡Jesús tiene una gran idea!

Jimena: ¡Sí! ¿Cuál?

Fray: Acepta dar su vida. Eso se oye fácil, pero no lo es. Así los que lo van a ver morir, van a saber que Él los ama más que nadie, porque Él da su vida por ellos.

Jimena: Pero ¿y los que no vamos a ver cuando Jesús dé su vida?

Fray: Jesús quiere que todas las personas, de todos los tiempos y de cualquier lugar del mundo, puedan estar presentes cuando Él dé su vida.

Jimena: Creo que eso no se puede.

¡Pero para Dios todo es posible!

Fray: Por eso, el momento en que Jesús da su vida, no solo pasa en el tiempo que se mide con años, meses, días, sino en el tiempo de Dios, es el tiempo que no se mide.

Jimena: ¿Cómo?

Fray: No se mide, porque en el tiempo de Dios no hay antes ni después, sino todo sucede en ese preciso momento.

(Se coloca la línea del tiempo)

Fray: Esta es una línea del tiempo.

Voy a poner un punto arriba de esa línea. Ese es el tiempo de Dios. Desde ahí puedo llegar al antes, al ahora y al después.

Jimena: Así en el tiempo de Dios, el momento en que Jesús entregue su vida, llega a los que vivieron antes de Jesús

y también a los que llegamos después.

Pero los que llegamos después de Jesús, ¿cómo nos vamos a enterar de que Él entregó su vida por nosotros?

Fray: Jesús tiene otra idea: Por medio del pan y del vino, nos entrega su propio Cuerpo y su propia Sangre. El mismo Cuerpo y la misma Sangre que entrega al morir.

Pero mejor voy por Jesús para que Él nos lo diga.

(Entra a escena Jesús. Sale Fray)

Jimena: Hola Jesús. ¿A través del pan y del vino nos das tu Cuerpo y tu Sangre?

Jesús: Sí.

Mientras comía con mis discípulos, tomé pan, lo bendije, lo partí y se los di, diciendo: «Tomen y coman, este es mi Cuerpo». Tomé luego una copa, di las gracias y se las di, diciendo: «Beban de esta, todos. Porque esta es mi Sangre, del nuevo Testamento, que será

derramada por muchos, para remisión de pecados».

Jimena: ¡Este es justo el momento en que por medio del pan y del vino, nos entregas tu propio Cuerpo y tu propia Sangre! ¡Así es como podemos recibir el mayor regalo: tu vida!

Jesús: Sí. Mi Cuerpo y mi Sangre que voy a entregar al morir.

Jimena: Entonces no se trata de acordarnos de algo que pasó hace mucho tiempo, sino que, en cada Santa Misa, cuando el sacerdote repite estas palabras, somos llevados al tiempo de Dios, en el que Tú Jesús, nos estás dando tu vida, porque nos amas más que nadie. Nos estás dando a cada uno de nosotros, tu Cuerpo, tu Sangre, tu alma y tu divinidad. Porque eres todo Tú. Wow.
Pero, si das tu vida, vas a morir.

Jesús: ¿Crees que la muerte logró vencerme?

Jimena: No. Tú resucitaste a Lázaro. Sabemos que en Ti la vida es más fuerte que la muerte. ¡Tú estás vivo para siempre!

Jesús: Por eso, quiero cantarles esta canción:

Confía en Mí del disco
Encontré al Campeón.
De Erika María Padilla.
Está en todas las plataformas
de música y en nuestra Tienda.
¡Agrégala a tu playlist!

En Spotify:

<https://open.spotify.com/track/7zmhcquLeUSCFxoLgMnJRR?si=690da10c1a00444d>

Erika M. Padilla Rubio

Palabra y Obra © ®

Todos los derechos reservados.

Evangelio de San Mateo 26, 14- 27,66

Capítulo 26

14 Entonces se fue uno de los doce, llamado Judas Iscariotes, a los Príncipes de los Sacerdotes.

15 Y les dijo: ¿Qué me quieren dar, y yo se los entregaré? Y ellos le señalaron treinta monedas de plata.

16 Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarlo.

17 Y el primer día de los ázimos se llegaron los discípulos a Jesús, y le dijeron: ¿En dónde quieres, que dispongamos para que comas la Pascua?

18 Y dijo Jesús: Vayan a la ciudad a casa de cierta persona y díganle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca. En tu casa hago la Pascua con mis discípulos.

19 Y los discípulos hicieron, como Jesús les había mandado, y dispusieron la Pascua.

20 Y cuando vino la tarde, se sentó a la mesa con sus doce discípulos.

21 Y cuando ellos estaban comiendo, dijo: En verdad les digo, que uno de ustedes me ha de entregar.

22 Y ellos muy llenos de tristeza, cada uno comenzó a decir: ¿Por ventura soy yo, Señor?

23 Y Él respondió y dijo: El que mete conmigo la mano en el plato, ese es el que me entregará.

24 El Hijo del hombre va ciertamente, como está escrito de Él, pero ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre. Más le valiera a aquel hombre no haber nacido.

25 Y respondiendo Judas, que lo entregó, dijo: ¿Soy yo por ventura, Maestro? Le dice: Tú lo has dicho.

26 Y cenando ellos, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomen y coman, este es mi cuerpo.

27 Y tomando el cáliz, dio gracias. Y se los dio, diciendo: Beban de este, todos.

28 Porque esta es mi Sangre, del nuevo Testamento, que será derramada por muchos, para remisión de pecados.

29 Y les digo, que desde hoy, no beberé más de este fruto de vid, hasta aquel día, cuando lo beba nuevo con ustedes en el reino de mi Padre.

30 Y dicho el Himno, salieron al monte del Olivar.

31 Entonces Jesús les dijo: Todos ustedes padecerán escándalo en Mí esta noche, porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño.

32 Pero después que resucite, iré delante de ustedes a la Galilea.

33 Respondió Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré.

34 Jesús le dijo: En verdad te digo, que esta noche antes que cante el gallo, me negarás tres veces.

35 Pedro le dijo: Aunque sea necesario morir, yo contigo, no te negaré. Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo.

36 Entonces fue Jesús con ellos a una granja, llamada Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Siéntense aquí, mientras que Yo voy allí, y hago oración.

37 Y tomando consigo a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a angustiarse.

38 Y entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte. Esperen aquí, y velen Conmigo.

39 Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro, hizo oración, y dijo: Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz. Pero no como Yo quiero, sino como Tú.

40 Y vino a sus discípulos, y los halló dormidos, y dijo a Pedro: ¿Así, no han podido velar una hora Conmigo?

41 Velen, y oren para que no entren en tentación. El espíritu en verdad pronto está, pero la carne enferma.

42 Se fue de nuevo por segunda vez, y oró, diciendo: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad.

43 Y vino otra vez, y los halló dormidos, porque estaban cargados los ojos de ellos.

44 Y los dejó, y de nuevo fue a orar por tercera vez, diciendo las mismas palabras.

45 Entonces vino a sus discípulos y les dijo: Duerman ya y descansen. Vean aquí, llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores.

46 Levántense, vamos, que ha llegado el que me entregará.

47 Y estando Él aun hablando, he aquí que llegó Judas, uno de los doce, y con él una grande tropa de gente con espadas, y con palos, que habían enviado los Príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos del pueblo.

48 Y el que lo entregó, les dio señal, diciendo: El que yo bese, Él mismo es, préndanlo.

49 Y se llegó luego a Jesús, y dijo: Dios te guarde, Maestro. Y lo besó.

50 Y Jesús le dijo: ¿Amigo, a que has venido? Al mismo tiempo llegaron y echaron mano de Jesús, y le prendieron.

51 Y uno de los que estaba ahí con Jesús, alargando la mano, sacó su espada e hiriendo a un siervo del Pontífice, le cortó la oreja.

52 Entonces le dijo Jesús: Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada morirán.

53 ¿Por ventura piensas, que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de Ángeles?

54 ¿Pues cómo se cumplirán las Escrituras, de que así conviene que se haga?

55 En aquella hora dijo Jesús a aquel tropel de gente: Como a ladrón han salido con espadas y con palos a prenderme. Cada día estaba sentado en el templo con ustedes enseñando, y no me prendieron.

56 Mas esto todo fue hecho, para que se cumplieran las Escrituras de los Profetas. Entonces le desampararon todos los discípulos, y huyeron.

57 Mas los que tenían preso a Jesús, lo llevaron a casa de Caifás, el Príncipe de los Sacerdotes, en donde se habían juntado los Escribas y los ancianos.

58 Y Pedro le seguía de lejos hasta el Palacio del Príncipe de los Sacerdotes. Y habiendo entrado dentro, estaba sentado con los sirvientes, para ver el fin.

59 Mas los Príncipes de los Sacerdotes, y todo el Concilio, buscaban algún falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte.

60 Y no lo hallaron, aunque se habían presentado machos falsos testigos. Mas por último, llegaron dos testigos falsos.

61 Y dijeron: Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres días.

62 Y levantándose el Príncipe de los Sacerdotes, le dijo: ¿No respondes nada a lo que estos deponen contra Ti?

63 Y Jesús callaba. Y el Príncipe de los Sacerdotes le dijo: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

64 Jesús le dice: Tú lo has dicho. Y aun les digo, que verán desde aquí a poco, al Hijo del hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del Cielo.

65 Entonces el Príncipe de los Sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo: Ha blasfemado: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora, acaban de oír la blasfemia.

66 ¿Qué les parece? Y ellos respondiendo dijeron: Reo es de muerte.

67 Entonces le escupieron en la cara, y le maltrataron a puñetazos, y otros le dieron bofetadas en el rostro,

68 diciendo: Adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?

69 Pedro entre tanto, estaba sentado fuera en el atrio. Y se llegó a él una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el Galileo.

70 Mas él lo negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices.

71 Y saliendo él a la puerta, lo vio otra criada, y dijo a los que estaban allí: Este estaba también con Jesús Nazareno.

72 Y negó otra vez con juramento, diciendo: No conozco tal hombre.

73 Y de allí a un poco, se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro: Seguramente tú también eres de ellos, porque aún tu habla te da bien a conocer.

74 Entonces comenzó a hacer imprecaciones, y a jurar que no conocía a tal hombre. Y cantó luego el gallo.

73 Y Pedro se acordó de la palabra, que le había dicho Jesús: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y habiendo salido fuera, lloró amargamente.

Capítulo 27

1 Y venida la mañana, todos los Príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesús, para entregarle a la muerte.

2 Y lo llevaron atado, y lo entregaron al Presidente Poncio Pilato.

3 Entonces Judas, que lo había entregado, cuando vio que había sido condenado, movido de arrepentimiento, devolvió las treinta monedas de plata a los Príncipes de los Sacerdotes y a los Ancianos,

4 diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Tú lo verás.

5 Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, y fue, y se ahorcó con un lazo.

6 Y los Príncipes de los Sacerdotes tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre.

7 Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros.

8 Por lo cual fue llamado aquel campo, Haceldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy.

9 Entonces se cumplió lo que fue dicho por Jeremías el Profeta, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, al cual apreciaron de los hijos de Israel.

10 Y les dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor.

11 Y Jesús fue presentado ante el Presidente, y le preguntó el Presidente y dijo: ¿Eres Tú el Rey de los judíos? Jesús le dice: Tú lo dices.

12 Y como lo acusaban los Príncipes de los Sacerdotes, y los Ancianos, nada respondió.

13 Entonces le dice Pilato: ¿No oyes cuantos testimonios dicen contra Ti?

14 Y no le respondió a palabra alguna, de modo que se maravilló el Presidente en gran manera.

15 Por el día solemne, acostumbraba el Presidente entregar libre al pueblo un preso, el que querían.

16 Y a la sazón tenía un preso muy famoso, que se llamaba Barrabás.

17 Y habiéndose ellos juntado, les dijo Pilato: ¿A quién quieren que les entregue libre? ¿A Barrabás, o por ventura a Jesús, que es llamado el Cristo?

18 Pues sabía que por envidia lo habían entregado.

19 Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: Nada tengas tú con aquel Justo. Porque muchas cosas he padecido hoy en visión por causa de Él.

20 Mas los Príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos, persuadieron al pueblo que pidiera a Barrabás, y que hiciera morir a Jesús.

21 Y el Presidente les respondió, y dijo: ¿A cuál de los dos quieren que les entregue libre? Y dijeron ellos: A Barrabás.

22 Pilato les dice: ¿Pues que haré de Jesús, que es llamado el Cristo?

23 Dicen todos: Sea crucificado. El Presidente les dice: ¿Pues que mal ha hecho? Y ellos levantaban más el grito, diciendo: Sea crucificado.

24 Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este Justo. Allá se la vean ustedes.

25 Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Sobre nosotros, y sobre nuestros hijos sea su sangre.

26 Entonces les soltó a Barrabás. Y después de haber hecho azotar a Jesús, se los entregó para que lo crucificaran.

27 Entonces los soldados del Presidente, tomando a Jesús para llevarlo al pretorio, hicieron formar alrededor de Él toda la cohorte.

28 Y desnudándole, le vistieron un manto de grana.

29 Y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. Y doblando ante Él la rodilla, le escarnecían, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos.

30 Y escupiéndole, tomaron una caña, y lo herían en la cabeza.

31 Y después que lo escarnecieron, lo desnudaron del manto, y lo vistieron con sus ropas, y lo llevaron a crucificar.

32 Y al salir fuera, hallaron un hombre de Cirene, por nombre Simón. A este obligaron a que cargara con la Cruz de Jesús.

33 Y vinieron a un lugar, llamado Gólgota, esto es, lugar de la Calavera.

34 y le dieron a beber vino mezclado con hiel. Y habiéndolo probado, no lo quiso beber.

35 Y después que lo hubieron crucificado, repartieron sus vestiduras, echando suerte, para que se cumpliera lo que fue dicho por el Profeta, que dice: Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suerte.

36 Y sentados le hacían la guardia.

37 Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: Este es Jesús, el Rey de los judíos.

38 Entonces crucificaron dos ladrones con Él. Uno a la derecha, y otro a la izquierda.

39 Y los que pasaban le blasfemaban moviendo sus cabezas,

40 y diciendo: Ah, Tú el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, sálvate a Ti mismo, si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.

41 Asimismo insultándole también los Príncipes de los Sacerdotes con los Escribas, y Ancianos, decían:

42 A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y le creemos.

43 Confió en Dios. Que lo libre ahora, si lo ama, pues dijo: Hijo soy de Dios.

44 Y los ladrones que estaban crucificados con Él, le improperaban.

45 Mas desde la hora de sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora de nona.

46 Y cerca de la hora de nona, clamó Jesús con grande voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lamma sabachtani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

47 Algunos pues de los que allí estaban, cuando esto oyeron, decían: A Elías llama este.

48 Y luego corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó en vinagre, y la puso sobre una caña, y le daba a beber.

49 Y los otros decían: Dejen, veamos si viene Elías a librarlo.

50 Mas Jesús, clamando por segunda vez con grande voz, entregó el espíritu.

51 Y he aquí, se rasgó el velo del templo en dos partes de alto a bajo. Y tembló la tierra, y se hendieron las piedras.

52 Y se abrieron los sepulcros. Y muchos cuerpos de Santos que habían muerto, resucitaron.

53 Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, vinieron a la santa ciudad y se aparecieron a muchos.

54 Mas el Centurión, y los que con él estaban guardando a Jesús, viendo el terremoto, y las cosas que pasaban, tuvieron grande miedo, y decían: Verdaderamente Hijo de Dios era este.

55 Y estaban allí muchas mujeres a lo lejos, que habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole.

56 Entre las cuales estaba María Magdalena, y María Madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo.

57 Y cuando fue tarde, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, el cual era también discípulo de Jesús.

58 Este llegó a Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato entonces mandó que se le diera el cuerpo.

59 Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia.

60 Y lo puso en un sepulcro suyo nuevo, que había hecho abrir en una peña. Y revolvió una grande losa a la entrada del sepulcro, y se fue.

61 Y María Magdalena, y la otra María, estaban allí sentadas enfrente del sepulcro.

62 Y otro día, que es el que se sigue al de la Parasceve, los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos acudieron juntos a Pilato,

63 diciendo: Señor, nos acordamos, que dijo aquel impostor, cuando todavía estaba en vida: Después de tres días resucitaré.

64 Manda pues que se guarde el sepulcro hasta el día tercero. No sea que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error, peor que el primero.

65 Pilato les dijo: Guardias tienen, vayan y guárdenlo como saben.

66 Ellos pues fueron, y para asegurar el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron guardias.

Comentario:

Después de haberse juntado en casa de Caifás los Príncipes de los Sacerdotes y los escribas y los ancianos, para deliberar sobre los medios, que habían de tomar para prender al Señor, llega Judas Iscariote.

30 monedas o 30 siclos plata. Dos siclos corresponden a siete octavos de una unza nuestra. Y por consiguiente treinta siclos equivalen a trece onzas, y un octavo. Cada uno puede con esto reducir este peso a moneda corriente del día. Pero sin perder de vista, la

diferencia de la calidad del metal. Causa confusión el considerar con cuan poco se contentó la avaricia de Judas, cuando llegó a tratar la venta de su Maestro, por un precio, igual al que se daba por un esclavo. Exod. 21, 32. Pero mayor confusión debe causarnos, si reflexionamos, que esta venta de Judas es una terrible figura, de la que hacemos nosotros muchas veces del mismo Señor por un vil interés, por un infame deleite, por una pequeña venganza, por un punto de honra, y muchas veces aún por menos.

Sin duda, que había perdido toda la idea, que antes tenía de Jesucristo. No obstante, que había oído a San Pedro dar un testimonio tan auténtico de su divinidad; y así encargó después a los ministros, que lo aseguraran y lo llevaran con precaución: Llénenlo con cautela.

Los ázimos, es la fiesta, en que por espacio de siete días, debían comer los judíos panes sin levadura. Este día primero de los ázimos, era el 14 de la Luna del primer mes, que corresponde a la de Marzo. Así que este año se debía comer el Cordero Pascual el día dos de abril, jueves por la tarde, al ponerse el Sol. Esta es la opinión común de los Latinos. Los Griegos se persuaden, que Jesucristo celebró este año la Pascua un día antes, y en esto fundan la costumbre de consagrar en pan fermentado. Véase S. T.HOM. Part. iir. Qüest. xLVr. Axt. ix. ¿iest. Lxxiv. yírt. iv. j la Disertación de Calm.

Jesús les dice que vayan a la casa de cierta persona. Este sería sin duda, alguno de sus discípulos. Algunos creen, que estas palabras de Jesucristo iban acompañadas de aquella autoridad divina, con que mandaba a los hombres, a los demonios, y a los elementos, como dueño soberano que era de la naturaleza. La expresión Fulano en español, que se unas cuando no se explica el nombre de las personas ni de los lugares; pero se entienden determinados lugares y personas. Lo que puede también haber sucedido aquí, habiendo el Señor declarado a sus Discípulos en particular, quien era aquella persona.

Mi tiempo está cerca. Esto es, el tiempo de mi Pasión y de salir Yo de este mundo.

El que mete Conmigo la mano en el plato, es sin duda, que al mismo tiempo que Judas, debió meter algún otro la maso en el plato; y con esto quedó aun incierta la cosa, o no oyeron todos aquella respuesta del Señor.

El Hijo del hombre, es decir, Jesús vuelve a su Padre, y morirá para volver. Esto más bien por un efecto de su voluntad, que por la violencia de sus enemigos, y de la malicia del que le ha de entregar en cumplimiento de la profecía de Isaías 53, 7.

Judas que lo va a entregar dice: ¿Soy yo por ventura, Maestro? Le dice Jesús: Tú lo has dicho. Entre los Apóstoles había otro Judas, que tenía el sobrenombre de Tadeo. Es de suponer, que el Señor le respondió, sin que los otros discípulos percibieran lo que le decía.

Cuando estaban aún en la mesa, y al fin de la cena, San Jerónimo dice, que después de haber cumplido el Hijo de Dios la ceremonia de la Pascua figurativa, comiendo con sus Apóstoles la carne del Cordero Pascual, pasó a la verdad del Sacramento de la Pascua, y les dio su verdadero Cuerpo y Sangre.

Y tomando el cáliz, dio gracias, y se los dio, diciendo: Beban de este, todos.

El uso ordinario, era beber el vino mezclado con agua, y así estaba el cáliz, que tomó el Señor en sus manos; lo cual figuraba de una manera espiritual la unión de Jesucristo con la Iglesia.

Dice Nuestro Señor Jesucristo: Porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos, para remisión de pecados. Por muchos, esto es, para bien de muchos.

Parece por el Evangelio de San Lucas 22, 17-20, que el Señor tomó, y distribuyó dos veces el cáliz a sus Apóstoles. La primera con vino común, después de haber comido el Cordero Pascual; y la segunda con su Sangre, después de haberlo consagrado por la virtud de sus divinas palabras; y así parece, que fue después de haber presentado el primer cáliz a sus discípulos, cuando dijo: No beberé ya más de este fruto de vid, esto es, del vino común. Pero, aunque se entienda del cáliz, que les presentó la segunda vez, cuando contenía realmente su propia Sangre, se descubre siempre la verdad de sus palabras. Y así les dice: Que no lo bebería hasta aquel día, en que lo bebiera nuevo juntamente con ellos en el Reino de su Padre. Esto es, hasta que juntamente con Él, fueran embriagados en el banquete celestial, del torrente de aquellas delicias divinas, que entonces comenzaban a gustar, recibiendo su Cuerpo y su Sangre.

Es probable, que el himno fuera el Salmo 122 (de la Biblia Torres Amat) y los siguientes, que los judíos acostumbraban rezar en acción de gracias.

Entonces Jesús les dijo: Todos ustedes padecerán escándalo en Mí esta noche. Por estas palabras da a entender el Señor a sus Apóstoles, que serían tan fuertemente tentados viéndole padecer, que desfallecerían en la fe, y que andarían como ovejas descarriadas, y sin Pastor que las gobernara; pero al mismo tiempo, los consuela asegurándoles, que no solamente resucitaría, sino que no los abandonaría, prometiéndoles ir a esperarlos en Galilea, a donde sabía que se habían de retirar por el temor de los judíos.

San Pedro, dice San Agustín, creía poder, lo que conocía que quería. Mas esta voluntad no iba acompañada de una ardiente caridad; y así el temor le hizo negar tres veces a su Maestro, que permitió su caída para humillarlo, por la falta que cometió, resistiendo a lo que el Hijo de Dios le decía, ensalzándose sobre los otros, y fiándolo todo a sus propias fuerzas y virtud.

Antes de que el gallo acabe de dar los tres cantos, que acostumbra, Pedro lo habrá de negar.

Jesucristo, después de haber Instituido la Sagrada Eucaristía, permaneció aún algún tiempo a la mesa con sus Discípulos, y les hizo el Discurso y que refiere San Juan en el Cap. 13, desde el versículo 31. Y en todo el 14.

La granja se llama Getsemaní, por la fertilidad del terreno. Era un huerto, o jardín al pie del monte de las Olivas, y como a mil pasos distante de la ciudad a la parte oriental. Al entrar en él, mandó a sus discípulos que le esperaran allí, mientras que Él pasaba más adelante a orar, como tenía por costumbre.

El Señor escogió a estos tres, como los más señalados y distinguidos por su gracia. A estos había mudado el nombre, dando a Simón el de Cefas o Piedra, y el de Boanerges, o hijos del trueno a Santiago y a Juan, sin duda para dar a entender, que los destinaba para ser los principales Ministros de su Evangelio. Y así fueron mirados después, como las primeras columnas de la Iglesia. Gálatas 2, 9. A estos también había escogido, para que fueran testigos de su transfiguración en el Tabor.

El texto dice: angustiarse sobre manera, al estar en una extrema agonía.

Parece que el Señor quiso como abandonarse a sí mismo, dando lugar a la mayor tristeza y aflicción, que se ha conocido jamás. Consideraba por una parte la traición de Judas, la negación de San Pedro, el escándalo de los Apóstoles, la reprobación del pueblo de los judíos, y la funesta ruina de Jerusalén. Y por otra veía, que iba a entrar en un mar de penas y dolores. En donde registraba una profundidad, y extensión casi infinita. Se le representaron vivamente todos los pecados de todos los hombres, y sobre todo la ingratitud de aquel pueblo que había escogido entre todas las naciones. Y los sacrilegios aún más sensibles de una infinidad de cristianos, que profanando la santidad de su profesión, no se aprovecharían del precio inestimable de su Sangre. Esta tristeza fue tan profunda, que hubiera acabado con su vida, si el mismo Señor lo hubiera permitido.

El Señor pidiendo que este cáliz pasara de Él, si era posible, quiso representar la flaqueza de la naturaleza del hombre. Y añadiendo: Mas no sea como Yo lo quiero, sino como Tú, nos dio ejemplo de aquella fortaleza con que hemos de seguir a Dios, aun cuando la naturaleza se oponga y haga esfuerzos en contrario. Jesucristo para consuelo de sus miembros flacos y enfermos sintió entonces la voluntad de la naturaleza humana, de que estaba revestido, y que le inclinaba a desear que este cáliz de su Pasión, pasara, si era posible, sin que Él lo bebiera. Pero al mismo tiempo hizo ver, que aun, en medio de esta repugnancia, que experimentó de la voluntad humana, estaba en una perfecta sumisión al querer de su Padre; porque siendo verdadero Hijo de Dios, quería todo lo que quería su Padre.

Jesús les pregunta: ¿Así, que no han podido velar una hora Conmigo? De aquí se ve, que su oración había durado una hora con poca diferencia.

Les dice: Velen y oren, para que no entren en tentación. Esto es, para que no caigan en la tentación, porque es imposible, que el alma del hombre no sea tentada. Y por esto pedimos en la Oración, que el Señor nos enseñó, que no nos abandone a una tentación, de la cual no podamos salir victoriosos. Así que lo que pedimos a Dios, no es que no seamos tentados, sino que nos dé fuerzas para resistir a la tentación.

Dice el Señor: El espíritu en verdad pronto está, pero la carne enferma. Esto es, aunque quieran despreciar la muerte, no la podrán hacer, si Dios no les alarga su mano para sostenerlos, por la oposición natural, que hay entre el espíritu y la carne del hombre. El espíritu fácilmente forma buenas resoluciones; pero cuando se trata de ponerlas en ejecución, halla mil obstáculos en las pasiones y afectos de la carne, que prevalecen contra el espíritu, si no son fortificadas con la vigilancia y con la oración, para que el Señor no nos abandone. Los discípulos del Señor aprendieron bien pronto esto mismo por su propia experiencia; pues contra todas las protestas que habían hecho, lo abandonaron y huyeron. Y Pedro lo negó tres veces.

San Lucas nos dice, en 22, 52, que acompañaban también a esta vil tropa algunos Sacerdotes. Judas iba delante, algo apartado del resto de la gente, para dar sin duda menos que sospechar a Jesucristo y a sus Apóstoles de su mala voluntad. Y por esta misma razón llegó a saludarle y a besarle como amigo, siguiendo la costumbre de los judíos.

Jesús le dijo: ¿Amigo, a que has venido? Las palabras llenas de suavidad, amor y dulzura que dijo el Señor a Judas, le habrían podido hacer volver sobre sí, si hubiera habido cosa que pudiera tocar o mover su corazón. Al mismo tiempo nos enseñan a amar a nuestros enemigos, aun a aquellos mismos que sabemos, que tienen voluntad de emplear todo su furor contra nosotros.

San Pedro saca la espada y hiere a Malco.

Jesús le dijo: porque todos les que tomen espada, a espada morirán. Esto es, merecen perecer a espada. Y cuando no paguen la pena por mano de los hombres, Dios los castigará con una muerte violenta.

Luego le dice a Pedro: ¿Por ventura piensas, que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de Ángeles?

Un solo Ángel quitó la vida en una noche sola a 180,000 hombres del Ejército de Senaquerib, rey de los asirios. 4 Reyes 19, 35 (Biblia Torres Amat).

¿Qué hubieran hecho doce legiones, que componían más de 72,000 mil Ángeles? ¿Pero para qué esto? Si el Señor por sí mismo, y sin necesitar del socorro de los Ángeles, hubiera podido acabar con todos en un momento, así como con una sola palabra los derribó en tierra, dejándolos aturdidos y asombrados. Esto fue, como observa San Juan Crisóstomo queriendo

acomodarse a la flaqueza de los Apóstoles, que no tenían aun de Él toda la idea que debían; y hablándoles más bien como Hijo del hombre, que como Hijo de Dios. Los Apóstoles no acababan de comprender y concordar una tristeza tan terrible, como la que habían visto poco antes en el Señor, con la omnipotencia de su Divina naturaleza.

Dice: Pues ¿cómo se cumplirán las Escrituras? Él se ofreció en sacrificio, porque quiso, y sin abrir su boca. Él será conducido como una oveja para ser crucificado. Isaías 53, 7.

Entonces le desampararon todos los discípulos y huyeron. He aquí en lo que paró toda la valentía de los Apóstoles, que se ofrecieron a morir con el Señor. Aquí se vio cumplida la profecía de Zacarías 13, 7, que se halla en el v. 31 de este mismo capítulo.

Llevan a Jesús a casa de Caifás, poco antes de la media noche, porque el gallo cantó la primera vez cuando el Señor estaba ya en casa de Caifás. Este había comprado a Herodes por una grande suma de dinero el Pontificado de aquel año. Por la narración más extensa que se halla en San Juan 18, 13, se conoce que llevaron a Jesús primero a casa de Anás, suegro de Caifás, y en seguida a casa de Caifás.

San Pedro huyó primero como los otros; pero volviendo un poco sobre sí, y acordándose sin duda de sus protestas, avergonzado, volvió pasos atrás, y comenzó a seguir a Jesús, bien que de lejos, como afirman los Evangelistas, y porque su corazón se iba apartando de su Maestro, estando ya muy cerca de negarlo. Pero fuera por efecto de alguna centellita de amor, que ardía todavía en su corazón, o por curiosidad de ver el paradero de toda esta escena, tuvo valor para seguirle, para entrar en el mismo Palacio de Caifás, y aun para estarse allí muy de asiento.

Algunos piensan que fue Caifás el que le preguntó a Jesús, también acerca de sus discípulos y doctrina, como se lee en San Juan 13, 19 y siguientes.

Se habían presentado muchos falsos testigos, aquí se verificó lo del Salmo 63, 7 y 26, 12.

Jesucristo, hablando de su propio Cuerpo, a quien llamaba templo, después de haber dicho a los judíos: Destruyan este templo, añadió: Y Yo lo restableceré, o según la fuerza del texto Sagrado, Yo lo levantaré, o

también, Yo lo resucitaré. Mas los judíos alteraron las palabras, y aplicándolas a su templo material, declararon que había dicho que en tres días lo volvería a fabricar. De este modo, añadiendo y mudando alguna cosa, procuraban dar algún color de verdad y de justicia a la injusta acusación que formaban contra el Salvador.

El Príncipe de los Sacerdotes le dijo: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dice: Tú lo has dicho. Yo soy, el que tú dices. Pero ya que no me creen, cuando les declaro que Yo soy el Cristo, por el estado humilde y despreciable en que me ven, esto no obstante, les digo ciertamente que serán algún día convencidos, de esta verdad, cuando sentado en el trono de mi gloria y sobre las nubes del cielo, vendré a juzgar a todo el mundo. Les dice, que esto será bien pronto, porque mil años para Dios son como el día de ayer, que pasó. Aunque el Señor no había dado respuesta a otras preguntas impertinentes, como se ve en el v.62, al oír estas palabras, responde sin balancear, como fiel observador de la Ley de Dios, porque esta ordenaba a todo israelita, declarar sinceramente la verdad, cuando fuera requerido por el Magistrado de parte de Dios. Lev. 5, 1. Aunque Caifás fuera intruso, esto no obstante ocupaba el lugar de Sumo Sacerdote, y de primer Magistrado de la nación.

El Príncipe de los Sacerdotes rasgó sus vestiduras, porque los judíos, como dice San Jerónimo, acostumbraban rasgar sus vestiduras en señal de un gran dolor, y también para manifestar el horror que les causaba el oír una blasfemia. Y esto fue lo que hizo Caifás, faltando en ello a lo que prohibía expresamente la Ley de Moisés al Sumo Sacerdote, Lev. 21, 10. Pero aunque con estas demostraciones exteriores dio a entender una grande indignación y pena, esto no obstante, manifestó bien en las siguientes palabras el contento que recibía por haber sacado por último de la boca del Señor una confesión, por la cual, según su opinión, podía declarar que merecía la muerte.

Se vio entonces, como los Sacerdotes del Dios vivo cubrieron de salivas aquel rostro adorable, que será algún día el terror de todo el Universo. Aquel rostro, que apareció a los Apóstoles tan brillante como el Sol, en el día de su Transfiguración. Se vio, como unos viles siervos y soldados, descargaban bofetadas sobre el sagrado rostro del Supremo Señor de los hombres y de los Ángeles. Se vio en fin, como todo lo que había

más grande y respetable en el ministerio de la Religión y en el gobierno del estado, estaba confundido y mezclado con el pueblo más bajo, para conspirar a una, y animados del mismo furor, tratar con los más horribles desprecios a aquel de quien solo habían recibido beneficios. Y por cuanto el Salvador había declarado, que Él era el Cristo, y por consiguiente aquel Profeta por excelencia, que el Señor en otro tiempo había prometido levantar en medio de su pueblo, para que escucharan su voz. Deut. 17, 15. 18. Le insultaron por este doble motivo; y vendándole los ojos, a cada golpe que le daban, le decían: Cristo, adivínanos, ¿quién es el que te ha herido?

La criada que reconoce a Pedro, era la que asistía a la puerta, y había introducido a Pedro y viéndole a la lumbre, le preguntó como de paso, según consta de San Lucas: ¿Por ventura tú también eres de los discípulos de este hombre? Lo que después confirmó y dijo, como parece de San Mateo y San Marcos: Tú también estabas con Jesús el galileo. Pedro negó primeramente y dijo que no lo conocía, y luego se salió del atrio, pero no de la casa.

Otros de los que allí estaban, y uno de ellos pariente de Malco, conocieron que Pedro era galileo; porque la lengua de esta provincia tenía muchas palabras propias del idioma samaritano y Siriaco, las cuales eran disonantes al oído de los jerosolimitanos. Esto mismo se experimenta en casi todas las provincias de un reino, en que aunque todos hablen un idioma común, cada uno tiene pronunciación diferente, o idiotismos peculiares.

San Lucas dice en 33, 61, que el Señor volvió la cara para mirar a Pedro. Esta mirada del Señor le atravesó el corazón, y le hizo conocer el abismo en que había caído. Por lo cual, tocado de una particular gracia suya, salió fuera, y lloró su pecado amargamente.

Poncio Pilato no era propiamente sino un Procurador de Judea. Así llamaban los romanos a los que estaban encargados de recoger las rentas del imperio. Los que eran enviados a provincias grandes, gobernadas por un presidente, solamente tenían la Superintendencia de las rentas; pero cuando las provincias eran pequeñas, ejercían también la autoridad de Gobernadores, y de esta clase era Pilato. Los romanos habían quitado a los judíos la potestad de condenar a algún reo a pena capital. Y por esta razón, aunque Caifás declaró a Jesucristo reo de muerte, no dio

contra Él la sentencia, sino que lo remitió al Gobernador de la provincia.

Judas, viendo que el furor de los judíos después de haberle declarado reo de muerte, no descansaría hasta verlo crucificado, abrió los ojos para conocer y condenar su delito. Pero este arrepentimiento fue estéril e inútil, y así añadiendo otro nuevo y mayor pecado de desesperación, se ahorcó. No consta si la infeliz muerte de este miserable fue antes o después de la muerte de Jesucristo. Es opinión común, que el desdichado discípulo ató el lazo con que se ahorcó de un árbol; y aun el Poeta Juvenco determina en particular la higuera. Suele el demonio, después de haber cegado a muchos, para que se precipiten en las mayores abominaciones y delitos, abrírles por último los ojos, para que considerando la atrocidad de sus maldades, y oprimidos de su peso, caigan en desesperación, y por esta, en el infierno.

Corban.es palabra hebrea, que significa ofrenda hecha a Dios, o a su templo, del verbo karab, o kerib, presentar, ofrecer. Y así, quiere decir tesoro sagrado. Los Príncipes de los Sacerdotes, hipócritas como siempre, después de haberse tragado un camello, hicieron escrúpulo de pasar un mosquito. Y así fundados en algunas tradiciones de sus antiguos, no quisieron poner de nuevo, en el tesoro común aquel dinero, que había sido precio de la sangre de Jesucristo; sino que teniéndolo por profano, lo aplicaron a beneficio de los pobres y peregrinos.

El campo del alfarero, pertenecía a un ollero, o en donde hacía sus ollas y vasijas de tierra.

Para sepultura de los que no pertenecían al pueblo de Dios, de los cuales los judíos querían estar separados, aun después de la muerte.

La voz Haceldama es Siriaca, del caldeo, sangre. Fue tan señalado este campo, que desde aquel tiempo no fue conocido por otro nombre, permitiéndolo así Dios, para que fuera una prueba y un monumento eterno de la injusticia de los judíos.

Y tomaron las 30 monedas de plata, parte de esta profecía se halla en Jeremías 32, 7. 8. 9 y parte en Zacarías. La parte del campo está en Jeremías y el precio de las 30 monedas está en Zacarías. Y San Mateo añade las últimas palabras del aprecio de los hijos de Israel.

El día solemne, es el de la Pascua. Costumbre introducida por los judíos, en memoria de haber sido librados por Dios de la esclavitud de Egipto, y que conservaron, según se ve en este lugar, los romanos, señores de la provincia.

Causa verdaderamente asombro, que acostumbrando pedir los judíos, en esta fiesta solemne de Pascua, la libertad y absolución de un reo, fuera Pilato el que pidió por el Justo de los Justos, y no pudo conseguir su libertad. Pilato, que conocía la inocencia del Señor, y que deseaba sacarle de las manos de los judíos, escogió expresamente a Barrabás para ponerle en comparación del Salvador, no dudando, que el pueblo, a quien Jesús había colmado de beneficios, le preferirla a un ladrón, asesino y sedicioso. Mas se engañó, porque el pueblo instigado por los Príncipes de los Sacerdotes, y por sus Ancianos o Magistrados, pidió la libertad del facineroso, y condenó a ser crucificado al que era la misma inocencia. ¡Oh cuántas veces hacemos los cristianos el mismo cambio que hicieron los judíos!

Mandaba Dios en el Deut. 21, 6, que cuando se encontrara el cuerpo de un hombre muerto, sin haberse descubierto al asesino, todos se lavaran las manos, en testimonio de su inocencia. Pilato, conformándose con esta práctica de los judíos, o porque esta costumbre fuera también común a las otras naciones, creyó que con esta ceremonia exterior de lavarse las manos, podía condenar sin ningún remordimiento al que reconocía y publicaba inocente, solamente por satisfacer a los judíos. Mas no es el agua la que purifica el corazón; y el delito que se contrae por un consentimiento injusto del alma, no se limpia con una exterior ablución del cuerpo.

Sobre nosotros, y sobre nuestros hijos sea su sangre. ¡Terrible imprecación! Su funesto efecto ha sido, es, y será siempre bien visible. El estado a que fue reducida la nación de los judíos, llegando a ser el oprobio (vergüenza) de todos los pueblos, ha sido el cumplimiento de esta maldición, que pronunciaron contra sí; y este mismo cumplimiento debería abrirles al presente los ojos, para que vieran una luz, que podía disipar las tinieblas de muerte, en que voluntaria y pertinazmente se hallan sepultados.

Los romanos acostumbraban hacer azotar a los que condenaban a ser crucificados, antes de ponerlos en la Cruz. Pero por el Evangelio de San Juan 19, se ve que Pilato había hecho azotar a Jesús con el designio

de suavizar el corazón de sus enemigos, creyendo, que movidos de compasión, y satisfecho su furor, desistirían de pedir su muerte. Pero fue encender más la sed que tenían de verle crucificado. Y así, como perros rabiosos gritaban cada vez más, hasta que vieron cumplidos sus deseos.

El pretorio era la sala, en que el Gobernador daba audiencia, y oía en justicia.

La cohorte, esto es, los soldados romanos que la componían, y era de 625, cuando estaba completa.

A Jesús le dieron propiamente un manto, que usaban los reyes y también los generales del ejército.

La corona, en su origen, fue símbolo del Sol. Los reyes se la apropiaron después. Con esto parece que quisieron significar, que ellos eran para sus pueblos, lo que el Sol para el universo. Asimismo, tomaron el cetro, emblema de la autoridad real, a ejemplo de los pastores, cuyo nombre igualmente se aplicaron, pues estos usan del cayado, para conducir y defender a sus ganados.

Como los judíos lo habían acusado, de que había querido usurpar el reino, los soldados lo llenaron de ultrajes, tratándolo como a rey de burlas, y con el mayor desprecio.

San Juan 19, 17 dice expresamente que Jesús salió cargado con la cruz. Debe entenderse de la casa del gobernador, y que la llevó por toda la ciudad hasta salir de ella. Pero allí agobiado de su peso, y sin aliento por la mucha sangre que había derramado, le faltaron las fuerzas para continuar llevándola hasta el lugar mismo del suplicio.

Sus enemigos, viéndole en aquel estado, temiendo que se les moriría antes de llegar, y que no tendrían la satisfacción de verle crucificado, obligaron a cargar con la Cruz de Jesucristo a un hombre, que encontraron al salir de la ciudad. Era este natural u oriundo de la provincia de Cirene en Africa, y se llamaba Simón.

San Agustín cree, que Simón llevó solo la Cruz desde este sitio, como el Señor la había traído hasta allí desde la casa de Pilato. Otros creen, que solamente ayudó a Jesús a llevarla. El verbo es obligar por fuerza a alguno para algún trabajo, o servicio del público.

Gólgota: se llamaba así este monte vecino a Jerusalén, por su figura redonda a manera de cabeza, por la cual, aun en nuestros escritos antiguos se llamaba cabezos las cimas de los montes, y los collados pequeños y redondos, y se deriva de una palabra Siria o caldea, que los hebreos, corrompiéndola, pronunciaban golgoeth, y significa cabeza. Según San Jerónimo, por las muchas calaveras o cráneos, que allí había de los que eran ajusticiados, siendo aquel monte el lugar destinado para ello. Muchos Padres, como son Orígenes, San Atanasio, San Ambrosio, San Basilio, San Epifanio, San Juan Crisóstomo y otros, apoyados en una antigua tradición, sienten que se llamó así por haberse encontrado en él la calavera de Adán, que fue enterrado allí por particular disposición del Señor. Y que el segundo Adán, eligió para sufrir la muerte, y rescatar a todo el género humano, el lugar mismo en donde reposaba el primero, que había sido el principio de la muerte de todos los hombres.

Era costumbre, dar a los que iban a sufrir el último suplicio, para confortarlos (a manera de lo que se practica hoy día entre nosotros), vino generoso, que tal vez esto significa figuradamente el adjetivo mezclado efectivamente con mirra, como usaban por regalo los antiguos. Y para guardar aquellos crueles verdugos, esta costumbre con Jesucristo, pero con desprecio y nuevo tormento, en vez de mirra lo mezclaron con hiel, como dice San Mateo. Lo que San Marcos llama myrrhatum, porque se dio en lugar de myrrha. El griego lo llama vinagre, como que con la hiel se corrompió e hizo tan desabrido o más que él.

Los soldados dividieron en cuatro partes las ropas exteriores del Señor, y las sortearon entre sí; y del mismo modo sortearon la túnica, que era sin costura, tejida toda de arriba abajo. Circunstancia, que con particularidad había profetizado el Rey David, Salmo 21, 19. (Biblia Torres Amat).

La conversión de uno de los que estaban con Jesús crucificado, fu el primer fruto de la preciosísima Sangre del Salvador.

Estas tinieblas no fueron efecto de algún eclipse natural, porque esto sucede en el novilunio o conjunción del Sol y de la Luna, y entonces era el plenilunio u oposición. Fuera de esto, el eclipse natural, aunque sea total o central, no se extiende a toda la tierra, sino a una parte de ella. Y estas tinieblas nos dice el Evangelio, que ocuparon toda la tierra por espacio de tres horas, que fue el tiempo que estuvo el

Señor en la cruz, hasta que expiró. Este solo milagro, siendo tan grande por sí mismo, y habiendo sucedido en el tiempo en que se vio, debía bastar para convertir a todos los judíos.

Díos mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Son palabras tomadas del Salmo 21, 1 (Biblia Torres Amat) y pronunciadas, parte en hebreo y parte en siriano. Este clamor, manifiesta el poder supremo y absoluto que tenía el Señor de dejar su vida, o de volverla a tomar cuando quisiera, porque no parece natural, que un hombre acabado con tanto padecer, y después de haber derramado tanta sangre, pudiera clamar con tan grande esfuerzo algunos momentos antes de expirar. Esta que parece queja del abandono, en que le había dejado su Padre Eterno, solo manifestaba el estado espantoso, a que lo había reducido la malicia de los hombres. El horror que Dios mostraba al pecado cometido contra su Divina Majestad, y que solo un hombre Dios podía expiar por el mérito infinito de su muerte. Y por último, su amor inefable a los mismos hombres, puesto que abandonó de esta suerte a su propio Hijo para salvarnos por su muerte.

Algunos pues de los que allí estaban, cuando esto oyeron, decían: A Elías llama este. Es probable, que estos fueron los soldados romanos, los cuales no entendiendo la lengua hebrea ni lo que significaban las palabras Elí, Eli, se persuadieron que llamaba en su socorro al Profeta Elías.

Mas Jesús clamando por segunda vez con grande voz, entregó el espíritu. Este verbo significa acción voluntaria, para que se vea siempre cumplida la profecía de Isaías 53, 7.

Se rasgó el velo del templo. Este fue el velo exterior que cubría aquella parte del templo, a donde solo entraban los Sacerdotes. Pero, entendiendo esto del velo interior, que cubría inmediatamente el Santuario. Fuera cualquiera de los dos, se representaba por esto, que por la Muerte del Salvador, se rasgaba el velo de la antigua alianza, se nos descubrían todos los misterios, cumplidas ya todas las figuras. Y que quedaba abierto el camino para entrar en el Santuario de la Divinidad, por el conocimiento de las más grandes verdades, y por la posesión del mismo Dios.

Aunque parece, por la manera con que habla el Evangelista, que los sepulcros se abrieron en el momento mismo en que expiró el Salvador; esto no

obstante, parece cierto que los muertos no resucitaron sino después de la resurrección del Señor, pues se nota que no fueron vistos de muchos hasta este tiempo. Estos muertos, habiendo salido de los sepulcros, que estaban fuera de la ciudad, vinieron a Jerusalén, y permitió Dios que fueran vistos de muchas personas, para que este milagro teniendo muchos testigos entre los mismos judíos, sirviera de prueba para la resurrección de Jesucristo. Algunos creen, que no resucitaron sino por algún tiempo, y que murieron de nuevo. Pero San Hilario, San Epifanio, Santo Tomás y otros autores antiguos y modernos, no pueden inclinarse a creer, que Jesucristo baya resucitado a estos Santos para hacerlos volver al sepulcro; y han considerado su resurrección como el principio de su vida inmortal y bienaventurada.

Y cuando fue tarde, esto es, pasada ya la hora en que el Señor expiró. Jesucristo murió a la hora de nona, o tres horas después del mediodía, cuando comenzaban las primeras vísperas, que duraban hasta ponerse el sol, en que daban principio las segundas, que continuaban hasta la noche. Esta distinción se observa en San Mateo 14, 15, en donde se habla de las primeras; y después en el v. 25, que se debe entender de las segundas. Arimatea era un pueblo que distaba de Jerusalén cinco o seis leguas a la parte del Norte.

Los judíos lavaban los cadáveres, y cuando eran de personas ricas y de calidad, los embalsamaban, no quitándoles las entrañas, como hacían los egipcios, y se practicó después en Occidente, sino empapándolas de un licor espeso de mirra, aloes y otras drogas aromáticas. Después los vendaban desde la cabeza hasta los pies con vendas anchas de lienzo, empapadas también en el mismo licor. Y envolviéndolos después con una sábana nueva y muy blanca, los recostaban de esta suerte en el sepulcro, sobre pequeños lechos. La cabeza y el rostro los cubrían con un lienzo, que llamaban sudario. Y así parece que fue enterrado el Señor.

Y lo puso en un sepulcro suyo nuevo, que había hecho abrir en una peña. Esto lo dispuso así el Señor, para que los judíos no pudieran calumniar ni decir que era otro el que había resucitado. Al mismo tiempo debe reflexionar el cristiano con la mayor atención, cuánta es la pureza de corazón que se requiere para llegar a recibir en su pecho el adorable Cuerpo del Señor, que no quiso ser depositado después de muerto en lugar en donde hubiera habitado la corrupción.

Este día de la Parasceve o preparación era según San Lucas 23, 54, el que precedía al Sábado. Esto es, el viernes en que murió Jesucristo. Se llamaba día de preparación, porque en él se preparaba todo lo que era necesario para el mismo Sábado. Por cuanto este era día de descanso y del Señor, y no se podía trabajar en él. Y así fue la mañana del mismo Sábado, cuando acudieron a Pilato los príncipes de Jos Sacerdotes y los fariseos.

Llaman error o engaño, la opinión que se tenía de que Jesús fuera el Cristo o Hijo de Dios. Y así dicen, que este segundo engaño sería peor que el primero; puesto que por este medio se haría más creíble aquella opinión, y tomaría nuevo y mayor cuerpo.

Tenían los judíos una compañía de soldados para la guarda del templo. Dios permitió, que Pilato no quisiera que fueran sus soldados los que guardaran el sepulcro, porque en este caso los judíos hubieran dicho que se habían concertado con los discípulos del Salvador, y que les habían entregado su cuerpo. Ellos mismos tomaron sobre sí este cuidado, y no omitieron medio alguno para evitar este robo, que temían de los discípulos. Mas ellos mismos se taparon la boca, para que no pudieran culpar a ninguno, y se pusieron en la necesidad inevitable de reconocer en lo sucesivo, que Aquel a quien habían tratado de impostor, había verdaderamente resucitado, como lo había dicho.